

de Sevilla la capitalidad moral de toda la tierra. Y sin embargo, por una política funesta, nos retrasamos en el camino que conduce á ese ideal, y perdemos un tiempo precioso que urge, y circunstancias supremas que apremian. Nuestra incuria ó nuestro orgullo ha retrasado y retrasa la paz con Chile y el Perú. ¡Y cuántas veces, paseándome por nuestras costas mediterráneas, he visto aquí y allá barcos encallados en la arena, podridos, sin empleo, por causa de ese retraso! Y ahora he visto más: he visto que Alemania, que Inglaterra, han dirigido su voz á las repúblicas beligerantes del Pacífico para llamarlas á la concordia y no la ha dirigido España. ¿Comprendéis algo más triste? ¿Comprendéis algo que deba apenar tanto á un corazón español? Si América se estremece, si América se desangra, si América se retuerce en el dolor y España no la consuela, ¿quien la consolará? Si estoy por decir que bajo otros Estados, bajo otras formas de Gobierno, bajo mil nacionalidades diversas, aquel continente es más español que nuestra misma tierra.

Las escondidas nubes del trópico guardan aún la ardiente mirada de Pinzón, las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida anda errante la sombra de Ponce de León, que pasara en alas de su fe desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al Golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición de la Carolina Meridional en la escena de la historia, á un Vázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos, que lleva sobre su caudales los productos de los más gigantescos trabajos, el Mississippi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer to-

marle las tribus salvajes por un dios sobre la tierra, los nombres sublimes del Dios de los cielos; el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados por la nave *Santa Victoria* á la sombra de la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja esta santa imagen de la patria; y ¡España! dicen los volcanes y los ventisqueros, los aludes de los Andes; ¡España! los desiertos de la tierra caliente y las pintadas selvas del Paraguay; ¡España! las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, avivó con el calor de su propia vida las naciones del Nuevo Mundo destinadas á renovar la historia con sus ideas y á embellecer é iluminar nuestro planeta con su vivísima luz. (*Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.*)

Me direis que propongo una política de raza. No tengo inconveniente alguno en confesarlo. Después de las afinidades de nación, creo poderosísimas las afinidades de sangre, las afinidades de raza. Lo cierto es que una cuestión de razas ha determinado esa lucha eterna entre las dos familias principales de la tierra; rivalidad que estalla unas veces entre Cartago y Roma, ya en los campos del Guadalete y en los campos de Poitiers, ya en las aguas de Lepanto y de Navarino, ya en la última guerra entre los esclavos y los turcos. Y yo os digo que por una extraña coincidencia histórica ningún pueblo de nuestra raza posee regiones que de derecho nos pertenezcan. A pesar de nuestros conflictos con Francia, no tiene Francia una pulgada de tierra española; á pesar de nuestra secular dominación en Italia, no detentamos nosotros ni un átomo siquiera de tierra italiana. Y razas rivales nuestras poseen ya Jersey y Metz, perteneciente á los franceses; ya Malta, perteneciente á los italianos; ya Gibraltar, perteneciente á los españoles. No extrañéis, pues, que os proponga en nuestras relaciones con

el mundo, una política primero nacional, exclusivamente nacional, pero completada y perfeccionada luego por una idea clarísima y un vivo sentimiento del poder moral y de la autoridad política de nuestra ilustre raza.

Pero, señores, en vano me esfuerzo por vivo sentimiento patriótico en aconsejar altísima política exterior, cuando la política exterior depende ahora y dependerá siempre de una altísima política interior. Y el partido hoy dominante y el Gobierno hoy existente no pueden representar y sostener una altísima política interior, porque representan y sostienen la reacción. Y la reacción se halla condenada por la Providencia á una esterilidad sin remedio. ¿Qué es hoy, señores, una restauración? ¿Qué política seguís? ¿Seguís una política de restauración?

Yo no conozco revolución alguna, ni política, ni religiosa, ni científica, ni artística, que no vaya seguida de una restauración. Esto es verdad, y como es verdad, la concedo sin ambages ni rodeos á mis adversarios. Pero tampoco, señores, tampoco conozco en la historia ninguna restauración que haya prevalecido sobre la revolución, como no prevalecen los eclipses sobre los astros. La revolución artística del siglo XIV con carácter semi-pagano, iniciada por el Giotto, trae la restauración de la pintura litúrgica, iniciada por Margheritone de Arezzo y otros pintores monásticos. La revolución religiosa, iniciada por los reformadores en el siglo XVI, trae la restauración Jesuítica, que parece prevalecer en el siglo XVII. La revolución científica, iniciada por Descartes, trae la reacción de los neo-escolásticos y de los místicos. La revolución política, iniciada por Cromwell, trae la restauración de los Estuardos, iniciada por Monk. La revolución universal, iniciada por la Francia, trae la restauración de los Borbones, iniciada por la Santa Alianza. Tres veces intenta Italia conquistar su libertad en el presente siglo: una bajo el amparo de la revolución francesa de 1793; otra bajo el amparo de la revolución española de 1820; otra bajo el amparo de la

revolución europea de 1848, y tres veces cae en implacables restauraciones.

La misma América no se exceptúa de esta fatalidad, pues la reacción aparece bajo la forma de un Itúrbide, de un Santana, de un Rosas, y la Europa llega hasta el extremo de llevar á aquellas playas sus ídolos históricos y sus instituciones imperiales en la persona del infeliz Maximiliano. Nuestro mismo régimen constitucional no se funda por vez primera en 1808 sin traer la restauración absolutista de 1814, y no renace en 1820 sin traer el recrudescimiento de la restauración realista en 1823. Todas las revoluciones han traído tras de sí restauraciones, pero todas las restauraciones han pasado al cabo y definitivamente para siempre.

Los artistas litúrgicos no pudieron impedir que el arte consagrara la forma plástica en Florencia vencedora; los conspiradores jesuitas no pudieron lograr que la libertad de la conciencia humana dejase de tomar carta de naturaleza en la paz de Westfalia; los restauradores del escolasticismo no pudieron llevar ni una sombra al pensamiento libre ni un retroceso á la filosofía; tras los Estuardos restaurados vinieron los Oranges, que traían la solución revolucionaria; tras los Borbones y los Bonapartes restaurados, la República democrática; tras el Austria de Metternich, que parecía haber prevalecido, con la reacción universal por instrumento y la Santa Alianza por aliada, la Italia de Cavour y de Garibaldi; tras la sombra fugaz de Maximiliano, la independencia mejicana; tras las tiranías de Fernando VII, el régimen constitucional; que no ha nacido quien pueda volver á su origen las corrientes del tiempo, ni detener á los pueblos en su crecimiento y en su ascensión hacia los ideales del derecho.

¿Por dónde y por qué flaquean estas épocas de restauración, venidas siempre después de largas desgracias y destierros para los poderes restaurados? Pues flaquean por la imposibilidad de contentar á sus amigos de la desgracia sin descontentar á la opinión pública, y de gobernar con sus

enemigos arrepentidos sin sublevar la pública conciencia.

Los admitidos por la opinión tienen tales compromisos con las revoluciones anteriores, que los rechaza la conciencia universal; y los admitidos por la conciencia universal tienen tales compromisos con las reacciones, que los rechaza la pública opinión. Por la fuerza expansiva de las revoluciones, por su brillante espíritu de apostolado y de propaganda, por las ideas que siembran y los progresos que traen, por la esperanza que infunden de una larga duración, por su empuje avasallador é incontrastable, recogen muchos adeptos en sus fases bienhadadas, los cuales luego se arrepienten á la hora del eclipse y de la adversidad; pues si el heroísmo en el combate es raro, más rara aún es la resignación en la desgracia; y estos arrepentidos del día siguiente, estos reconciliados con la victoria, no tienen fuerza moral bastante para sostener la restauración ni para servirla. Por esta causa, cuando el señor ministro de Hacienda suele decir con una buena fe de mí admirada y con un optimismo de mí envidiado, que la situación presente se halla mantenida por un ejército de desengañados y de arrepentidos, maravillome yo de esa paladina confesión, la cual condena con inapelable condenación toda vuestra política. Se comprende la rectificación de las propias ideas para cumplirlas mejor y realizarlas; pero el cambio completo del progreso á la reacción, de las revoluciones á las restauraciones, eso no puede realizarse sin grave detrimento material de los partidos y sin grave desautorización moral de sus jefes. ¿Para qué sirvieron los arrepentidos á todas las restauraciones en toda la historia? El republicano Lafayette, con ser tan eminente, no pudo impedir que cayera la primera restauración del Imperio, ni el republicano Ollivier, con ser tan decidido, la segunda. El primero formó parte de un Senado en el cual se decidió el destronamiento de Bonaparte así que el resplandor de la victoria se apagó en sus sienas; y el segundo trajo un Congreso que abandonó al último de los Bonapartes en el día y en el instante mismo

de su suprema derrota. ¿De qué le sirvió el Conde de Bedford, arrepentido, al desgraciado Jacobo II? Antiguo general del parlamento, padre de un mártir de la libertad, llamado á los consejos y á la defensa de la dinastía restaurada, en vez de organizar la victoria organizó la derrota para sentarse luego en el Olimpo de la nueva revolución triunfante.

Lo mismo sucedió en Francia. Puede decirse que en su odio á Napoleón y en su terror á Europa, los liberales, los republicanos, los regicidas, fueron los autores principales de la restauración borbónica. Benjamín Constant le dió su pluma, Talleyrand su experiencia, Fouché su habilidad, Manuel mismo, aunque indirectamente, su palabra. ¿Y qué sucedió? Sucedió que la restauración, divertida un momento de su fin propio, perturbada en su esencial naturaleza, volvió á sí misma por una necesidad lógica, incontrastable, sin que nadie pudiera impedirlo ni evitarlo; salió de la cabeza de los republicanos y fué á dar en las manos de los reaccionarios; salió de una Carta constitucional inspirada por los jacobinos, y fué á dar en las Ordenanzas de Septiembre, dictadas por los realistas. Toda restauración obedece fatalmente á su origen histórico y al espíritu reaccionario. Conociendo el poder de las revoluciones que han tenido en suspenso su poder propio, desean servir algún interés revolucionario y lo desirven por completo. Creen ir á un punto y van á otro.

La restauración estuarda aparentó transigir con el protestantismo, y trajo el predominio anormal del catolicismo. La restauración bonapartista de 1814 aparentó transigir con el liberalismo, y fué á pedir la dictadura como recurso supremo de su autoridad y salvación única del Estado. Cuando Napoleón creía ganada la peligrosa partida de Waterloo, iba murmurando entre dientes los castigos inflexibles á los jacobinos de la Cámara por él mismo convocada. La segunda restauración, bonapartista, hasta en los días de mayor afecto al régimen constitucional, ideaba el plebiscito

de los Césares; aquella restauración, hija de la plebe cesarista, caía á sus pies dándole las dos satisfacciones supremas: en el interior la dictadura, y en el exterior la conquista y la guerra. No; no se ha encontrado el medio de desmentir y negar un hecho tan grave como la revolución, sin caer por fuerza y por necesidad en los extremos reaccionarios que todo lo perturban.

Y hé aquí nuestro mal, señores: la reacción en todo, la reacción para todo, la reacción contra todo. Haced lo que queráis; consumid la inmensa inteligencia que habeis consumido; agotad el heroísmo que habeis agotado; poned á la cabeza del Gobierno un orador sin igual por sus talentos y hasta por su patriotismo, como mi ilustre amigo el señor Cánovas; poned un general que haya vencido en el centro y en el Norte, en Cataluña y en Cuba, como el general Martínez de Campos; decid que vais á convocar unas elecciones liberales; pugnad por restablecer un régimen parlamentario completo: por el punto de donde venís, por el carácter histórico que teneis, por la política restauradora que seguis, estais condenados á una ciega é irremediable reacción: Así es que, llamándoos liberales todos, y hasta muchos de vosotros revolucionarios, tendemos la vista por doquier en busca de nuestras queridas instituciones, y no las encontramos. Aquella libertad religiosa que animaba las conciencias ha desaparecido, sustituida por una tolerancia hipócrita; aquellas Universidades libres, donde todas las ideas tenían voz, han callado, amordazadas por las manos de una burocracia supersticiosa; aquel sufragio popular que mandaba aquí en 1869 todas las glorias patrias, se ha derrumbado para abrir paso al último de los privilegios, al privilegio del censo; aquel Jurado en cuyas decisiones librábamos tantas esperanzas para la educación del pueblo español, ha caído al conjuro de los tribunales amovibles y sujetos á la arbitrariedad del Gobierno; aquella unidad y fuerza del poder judicial, que daba al ciudadano herido medios de defenderse contra la Administra-

ción arbitraria, y obligaba á todas las jerarquías á doblar la rodilla ante la justicia, toda aquella provechosisima reforma, se ha perdido en los privilegios restaurados de vuestras oligarquías; aquel principio de la soberanía inmanente de la nación se ha evaporado en la alquimia de los sofismas doctrinarios todas las teorías y todas las prácticas de la revolución se han destruido en estos abismos reaccionarios, donde hemos caído, como los esclavos en su ergástula, para perecer en ellos ó salir mediante una nueva catástrofe, dañosa por igual á la libertad y á la patria.

Por eso, señores, sostengo con el partido dominante esta porfía, la de que no corresponde al nombre que lleva; no, mil veces no. Sostengo que no es un partido conservador-liberal; sostengo que es un partido reaccionario.

Nada tan frecuente como maldecir de los partidos, ni nada tan vulgar; pero así que se encuentra uno en cualquier sociedad sin partidos, le sucede lo mismo que si se encuentra uno en cualquier mar sin vientos. Si el marino que no puede moverse en las aguas cuasi petrificadas suspira por una ráfaga, el estadista que no puede moverse en las sociedades faltas de opinión suspira por un partido. Lejos de acusar decadencia, revelan progreso cuando responden esas grandes agrupaciones á la fisiología de la sociedad y á las ideas capitales de nuestra mente. Quien no quiera tener los *torys* y *whigs* de Inglaterra, tendrá que sufrir los nihilistas de Petersburgo ó los softas de Constantinopla. En fuerzas contrarias de la naturaleza se funda la mecánica celeste, y en fuerzas contrarias de la sociedad se funda también la mecánica política. Así los partidos coinciden con los pueblos y toman diverso carácter. Segun los periodos de la Historia.

Cuando en la sociedad predomina la oposición entre las clases jerárquicas, divídense como en Roma los partidos en patricios y plebeyos, rayanos con los comienzos de la historia, y en caballeros venidos después de las guerras púnicas; cuando predomina el combate entre los poderes

civiles y religiosos, dividense los partidos, como durante la Edad Media italiana, en güelfos y gibelinos; cuando predomina el carácter religioso, dividense en sectas eclesiásticas, como los anglicanos y los puritanos de Inglaterra; cuando un interés nacional, en autonomistas, separatistas, unitarios, como los partidos de Austria; cuando un interés social, en abolicionistas y esclavistas, como los últimos partidos de América; pero siempre hay tres partidos fundamentales en toda sociedad, resultantes de los tres términos del tiempo y de las tres fases del pensamiento; siempre hay un partido que resiste, un partido que impulsa y un partido que conserva, Ahora bien; ¿sois vosotros un partido que conserva? No; sois un partido que destruye. Es un partido que conserva el partido *tory* inglés, hoy dominante, el cual, formado de gentes adictas á la religión histórica y á la aristocracia secular, ni destruye la reforma militar que ha iniciado una gran democracia, ni restaura la Iglesia protestante de Irlanda, cuya abolición ha herido de muerte á la Iglesia oficial de Inglaterra. Es un partido conservador, aunque se llame radical, señores, el partido dominante en Italia, que bajo un Estatuto constitucional estrecho, una Cámara alta resistente, una monarquía tradicional antigua, extiende las libertades públicas como en los pueblos más libres de la tierra. Es un partido conservador el partido que en Alemania sostiene la unidad alemana y el sentido progresivo de la política germánica, es un partido conservador aunque compuesto de muchos elementos revolucionarios, el que en Austria sostiene el doalismo salvador y el régimen constitucional, es un partido por excelencia conservador el partido que hoy en Francia sostiene la Constitución republicana dada por una Asamblea monárquica, y gobierna con los atributos esenciales al Estado, sea cualquiera su forma. Esos son partidos verdaderamente conservadores.

Pero vosotros que habeis desconocido el hecho mayor de nuestros tiempos, la revolución de Septiembre; el elemen-

to esencial de nuestra sociedad, la democracia progresiva; vosotros, destructores del Jurado popular, de la imprenta libre, de los derechos naturales, del sufragio universal, de la soberanía pública, vosotros sois como los Estuardos en Inglaterra, como los Borbones restaurados en Francia, como los caballeros Wasas en Suecia, como los Hapsburgos de Italia, como los Welfes de Hannover: la reacción, sí, la reacción, condenada irremisiblemente á una grande esterilidad para el bien, y provocadora de los impulsos y aún de los excesos contrarios.

No tendria derecho á trataros de reaccionarios si hubierais partido de lo existente y aceptado como los genuinos conservadores las instituciones mismas á cuyo establecimiento no concurrierais; pero enamorados de un dogmatismo incompatible con la idea y con la naturaleza de los verdaderos estadistas, echasteis las bases de una política de restauración, que os ha obligado á mirar la libertad como un don del poder y no como un derecho del hombre; la ley como una derivación de principios ó elementos históricos ya olvidados, y no como la alta expresión de la voluntad y de la conciencia pública, siempre vivientes; la soberanía nacional, principio de los principios, como un frío esqueleto de no sé qué Constitución interna, error de los errores; y habeis caido en iguales sofismas que el radicalismo puro, si bien traduciéndolos á la más estrecha reacción; habeis olvidado la fuerza de los hechos, como si la sociedad se rigiera por fórmulas metafísicas y abstractas; habeis proscrito á los ciudadanos del comicio y del Jurado, cuando debierais sostenerlos allí para apartarlos de la conjuración y del club; habeis sembrado la división entre clases llamadas á reconciliarse en el seno de una gran democracia; y lejis de merecer, por oposición á los que os habian precedido, el título de fuerzas conservadoras que consolidan, partidos de reflexión que meditan, estadistas de madurez que desarrollan gradualmente el derecho sin perjuicio de la estabilidad, haciendo del Estado como el alma

y de las instituciones como la vida de esta nación ya ganada al espíritu moderno, habeis sobrepuesto á las realidades vivientes y á sus inconstrastables sucesos una escuela artificial y un sistema arbitrario, los cuales, después de impulsarlo todo hacia atrás, se están cayendo á pedazos y echando sobre vosotros una gran responsabilidad, sobre nosotros una gran perturbación y sobre todos una gran catástrofe.

Y á pesar vuestro formais parte de la revolución que maldecís. Vais en ella incluidos, como vais arrastrados en el tiempo. Nadie sabía por donde vosotros vendríaís, y vinisteis; nadie sabe por donde nosotros hayamos de volver, y sin embargo volveremos. Nada más difícil que el enlace de las causas con los efectos y de los efectos con las causas. Así como nuestros nervios se perturban por la formación de una nube lejana, los Gobiernos se deshacen por el influjo de un acontecimiento á veces imperceptible. ¿Qué átomos de la tierra del camino forman la cal de nuestros huesos? ¿Qué hierro se disuelve en nuestra sangre? ¿El de un puñal, ó el de un arado? Un suceso de China ó de América, en que no os fijáis, destruye el terreno sobre que las bases de nuestra autoridad se asientan; una tribu de cafres mata un imperio que no habían podido matar una legión de oradores. Una cometa echada al vuelo allá en la Pensylvania recoge un relámpago y revela primero el pararrayos, después el telégrafo. La Inglaterra se conmueve en sus cimientos y se perturba en sus relaciones económicas, más que por el bloqueo continental de Napoleón, porque un leñador del Potomac ó de San Lorenzo ha encontrado cualquier sencilla máquina que produce mayores cantidades de industria y más baratas. Como no sabeis el árbol de que cortarán vuestra mortaja, no sabeis el acontecimiento que determinará vuestra derrota. Pero siendo como sois una fase transitoria de la revolución de Septiembre, está previsto y predicho que pasareis todos, y que pasareis pronto.

El Sr. **Presidente:** Ruego á S. S. que se encierre en las

conveniencias de lo que pide la Constitución del Estado.

El Sr. **Castelar:** La revolución tendrá, como todas las revoluciones, cuatro periodos verdaderamente dialécticos: primero, periodo de iniciación; segundo, periodo de explosión; tercero, periodo de restauración; cuarto, periodo de solución. La historia no quiere que las soluciones vengan sino después de la restauración. Aquí, señores, el periodo de preparación se extiende desde 1863, en que se decide el retraimiento, hasta 1868, en que se decide el combate y la victoria. El periodo de explosión se extiende desde 1868 hasta 1875, en que las explosiones se cierran, después de haber ensayado todas las fórmulas políticas de la democracia. Pues vuestro periodo pasará pronto, y vendrá tras él necesariamente el periodo traído por todos y aguardado con paciencia por nuestra fe y por nuestra esperanza: el periodo de solución. Pues qué, ¿no os pasma el poder de la revolución de Septiembre? ¿No os maravilla ver cómo lo llena todo, cómo lo inunda todo, cómo lo absorbe todo? ¿Dónde está la reina que nosotros destronamos? En las tristezas del destierro. ¿Dónde está la unidad católica que nosotros destruimos? En el panteón de la historia. ¿Qué es del partido moderado, á quien derrotamos en el puente de Alcolea? Su ilustre y respetado jefe ni se encuentra en el Gobierno, ni siquiera en este sitio. ¿Qué mando militar tienen los cortesanos de la desgracia, el conde de Cheste, el general Gasset, el general Reina? Ninguno. ¿Quién preside el Gobierno? Un general de la república. ¿Quién preside la Cámara? El autor inmortal del manifiesto de Cádiz. ¿Quién es el segundo en esta situación, quizás el heredero presunto? El segundo cabo en Madrid de la revolución de 1868, el capitán general de la república que anunció á Cuba la abolición inmediata de la esclavitud, concebida y proyectada por aquellos Gobiernos.

Y lo que pasa con los hombres pasa con las ideas. Habeis restaurado en la alta Cámara privilegios de cuna y herencia, destruidos luego en vuestros proyectos posterior-

res; habeis separado los partidos en legales é ilegales para llamarlos todos luego á la legalidad; habeis escrito una ley de imprenta absurda, para ver como pasan por sus mallas los vapores incoercibles de las ideas; habeis agitado la opinión contra nuestras soluciones en Cuba, para aceptarlas luego; habeis hecho una campaña contra la abolición de la esclavitud en nuestro tiempo, para admitirla hoy como satisfacción á una necesidad suprema y como reconocimiento de un principio inconcuso; habeis negado la soberanía nacional y reconocido la omnipotencia de los Parlamentos: estais vencidos por vosotros mismos. Y por más que lo impidais por todos los medios, teneis que entregar tarde ó temprano el poder al partido constitucional, es decir, al vencedor en Alcolea, al más comprometido en la revolución, al que ha mandado más tiempo en la ausencia de vuestros ídolos, al vencido el 29 de Diciembre, al enemigo irreconciliable de vuestras ideas, á la negación radical de vuestra historia. De suerte que por cualquier camino la restauración de Enero tiene que llamar y traer, tarde ó temprano, nuevamente á la revolución de Septiembre. ¡Hay Providencia!

Y si alguna duda me cupiera de esta verdad inconcusa, desvaneceríala por completo la fase política conocida con el nombre de crisis de Marzo, fase política que voy á tratar largamente, si me prestais como hasta aquí vuestra benévola atención. Comprendo que inspire gran desconfianza la historia antigua, al ver la confusion babilónica en que caemos si tratamos de la historia contemporánea. Miles de periódicos, cientos de discursos, la Cámara alta con toda su solemnidad, la Cámara popular con toda su pasión, los ministeriales, si bien reservados, los ministros salientes y entrantes, y los inamovibles, todos han hablado de la crisis de Marzo, sin dar paz los unos á la lengua y los otros á la pluma; y á esta hora nadie sabe lo sucedido, y menos que nadie los diputados, obligados por razón de nuestro cargo y por mandato de nuestros electores á exigir

estrechas cuentas y apreciar la verdadera responsabilidad.

Señores, cuando nos acercábamos al fin de las últimas Cortes, yo dije que este suceso determinaba un período grave, una crisis política, y que esta crisis política exigía un árbitro supremo, el cuerpo electoral. Solamente en nombre de cambio político se puede destruir un Gobierno y convocar unas Cortes. Pero el hado, el funesto hado que preside los destinos de nuestra patria sin ventura, lo ha dispuesto de otra suerte, y dándonos todas las amarguras y todas las inquietudes de los períodos de transición y de incertidumbre; ha reducido lo que debió ser una alta crisis política á las mínimas y enanas proporciones de una crisis ministerial. Cuando todos esperábamos que se cambiaran las ideas, nos encontramos con que solamente se cambian las personas. La política es la misma; la personificación de esa política es distinta. Teníamos derecho á más. Era necesario que el poder supremo viese si el desarrollo de las circunstancias y el movimiento de la opinión y los sucesos mismos de Europa exigían una política más liberal, ó una política más conservadora. En mi sentir, no cabía duda de ninguna clase; en mi sentir, todos los servicios que podía prestar una política conservadora estaban prestados; todos los bienes que podía hacer á la nación estaban hechos; y los cambios radicales en naciones vecinas y el estado de la cuestión religiosa, y la decadencia de la Universidad, y el problema de la imprenta, y el mismo problema electoral, exigían con exigencias invencibles una política de franco y sincero liberalismo. Mas puede ser que yo me engañara, y que peligros interiores ó exteriores, de mí desconocidos, exigieran una política más conservadora que la política anterior. Y si esto era necesario, había que aceptar tal política con energía. Yo de mí sé decir que llegado al Gobierno en momentos supremos, creyendo necesario un proceder de represión y de combate, lo seguí con resolución y lo apliqué con energía; por lo cual acepto ante Dios, ante la